

## «CLARÍN» Y EL BOVARYSMO

Hasta hace poco no tenía más conocimiento de la polémica entre Clarín y Bonafoux que la obtenida del folleto literario "Mis plagios" del escritor ovetense. Juzgando por él, reputé como de nulo fundamento las acusaciones de Bonafoux. No obstante, tuve interés en procurarme su contrarréplica en el que titula "Yo y el plagiario Clarín", publicado en 1884. Nada nuevo añade a sus primeras acusaciones, y aunque las sostiene con firmeza, quedan tan inconsistentes como cuando las formuló en artículos periodísticos. El libelo de Bonafoux está henchido de chismorreos o incidencias por las que viene a deducir el lector desapasionado que en el fondo latía una animadversión personal y que las acusaciones buscaban el escandaloso efecto de presentar como plagiario al que ya por entonces gozaba de justa y sólida fama en el mundo literario. Y como Bonafoux, hay que reconocerlo, era naturalmente propenso a la desvergüenza y tenía un buen decir, el folleto resulta divertido, dotado de la gracia chocarrera que tan fácilmente logra quien escribe sin prejuicios que obstaculicen su espontaneidad. También don Leopoldo empleo, en la referida polémica, argumentos "ad hominem", pero sin trascender los límites impuestos por el propio decoro.

Más comprometen el crédito literario de Clarín las líneas que

la Condesa Pardo Bazán le dedica al tratar de la obra de Flaubert; dice textualmente: "...de la influencia de Flaubert hemos "tenido en España testimonios, y no ha faltado quien, como Leopoldo Alas, ha hecho con talento su *Madame Bovary* envuelta "en el estudio irónico de un ambiente provinciano..." (1).

Juzgo inverosímil que doña Emilia estuviese influenciada por los aventurados juicios del libelista portorriqueño y creo que tal apreciación errónea, elaborada personalmente, fue fruto de una precipitada lectura de "La Regenta".

Es lo cierto que aun las acusaciones más injustas dejan en el público, inclinado siempre a la malicia, un velo de duda, una sombra de sospecha. No es infrecuente adivinar en personas cultas indicios de la nebulosa creada por la Pardo Bazán y Bonafoux; se escucha a veces: "...es indudable que en los personajes de Clarín hay algo de bovarysismo...", y, para algunos, el juicio de doña Emilia respecto a "La Regenta" es aceptado sin tomarse la molestia de someterlo a una revisión personal. Obrando así, exteriorizan algunos la pecaminosa complacencia de amirar los méritos de los que triunfaron; otros, enjuician a Clarín con la ceguera pasional desencadenada por motivos ajenos a la literatura.

Cuando Bonafoux lanzó su acusación, centrada principalmente en "La Regenta", no habían llegado a valorarse con justeza las características ideo-afectivas que revelan la conducta de *Madame Bovary*. Flaubert, narró, con el aporte imaginativo que corresponde a una obra literaria, una serie de incidencias absolutamente reales.

Hasta el siglo xx, *Madame Bovary* era considerada, por la mayor parte de los lectores, como una vulgar adúltera que, cansada del desvío de sus amantes y de las dificultades económicas creadas por su afán de lujo, termina en el suicidio; de manera

---

(1) Pardo Bazán, Emilia.—"La literatura francesa moderna". Vol. III. "El naturalismo".—Renacimiento, Madrid.

análoga se expresaba el Fiscal del Imperio que sostuvo la acusación contra Flaubert por la inmoralidad del argumento. Los que, provistos de cultura literaria, enjuiciaban la obra, llegaron a considerarla como un Don Quijote del Romanticismo. Madame Bovary, simbolizaba los desastres que acarrea un ideal romántico cuando pretende engendrar normas de conducta en la vida cotidiana. Espíritus más alambicados, consideran la obra como la expresión de la antítesis que existía en la personalidad de Flaubert; romántico por temperamento, pretendía huir en su arte de los temas y normas utilizados por el Romanticismo. Tal modo de enjuiciar su célebre novela está sustentado por el relato que hace Du Camp respecto a los motivos que engendraron a Madame Bovary. Dice Maurois sobre tal asunto: “Antes de entregarse al furor de objetividad de donde habrá de nacer Madame Bovary, sentirá deseos de dedicarse a un género en el que Shakespeare y Goethe fueron maestros. Escribió “La tentación de San Antonio” y una vez terminada la leyó a dos de sus más íntimos amigos, Máximo Du Camp y Luis Bouilhet, para lo cual fueron éstos a Croisset. La lectura duró más de treinta horas. Acabada ésta, ambos jueces protestaron del lirismo de la obra. Se originó una enconada discusión en el jardín de Croisset, discusión de que nos habla Du Camp.

—Ya que tu espíritu tiende inevitablemente hacia el lirismo, le dijo Máximo Du Camp, debes escoger un tema en que el lirismo habría de resultar tan ridículo que te obligase a no caer en él, con lo cual acabarías por renunciar a ese género literario. Toma un asunto vulgar, uno de esos incidentes de que tan llena está la vida burguesa, y esfuérzate en tratarlo en estilo llano.

“Luis Bouilhet agregó: ¿Por qué no escribes la historia de Delamare? Flaubert irguió la cabeza y exclamó con alegría: ¡Magnífica idea! Delamare, antiguo alumno del padre de Flaubert, había sido médico del Rey. Se había casado en segundas nupcias con una jovencita, la señorita Delfina Couturier. Edu-

“cada en un pensionado de Ruan, llena de pretensiones, desdeñaba a su marido; derrochadora, desordenada, arruinó su hogar; sensual, provocativa, tuvo diversos amantes. Abandonada de todos ellos, acosada por los acreedores, se envenenó. Dejó una hija en quien Delamare puso toda su ilusión. Pero asqueado de cuanto iba sabiendo día tras día respecto a la vida de su mujer, se suicidó. En 1851 se consagra Flaubert a escribir su “novela cumbre” (1).

El relato de Du Camp, transcrito por Maurois, es de extremo valor, pues demuestra que Madame Bovary se inspiraba en un personaje real; por fuerza tenía que reflejar la vida de una mujer de carne y hueso; la suave gradación de sus afectos, la ligazón perfecta entre su conducta y el estilo de vida que forja imaginativamente, hacen que Madame Bovary, a pesar de su extravío mental, nos parezca de psicología comprensible.

Tales consideraciones, de humana y patológica, al enjuiciar la protagonista de Madame Bovary, tomaron firme arraigo desde el trabajo de Jules Gaultier al tratar el Bovaryismo como una especial manera de ser y conducirse en la vida (2). La idea de Gaultier, más literaria que psicológica, fue acogida con cariño por algunos psiquiatras, los cuales, al glosarla, llegaron a fijar el bovaryismo como una constitución mental patológica.

Iluminada la obra de Flaubert por las nuevas interpretaciones, merece la pena de contrastar las heroínas de las dos novelas, Madame Bovary y Ana Ozores, para, de este modo, enjuiciar con datos objetivos las acusaciones de que fue objeto “Clarín” respecto a “La Regenta”. Si hubiesen analizado psicológicamente a las dos protagonistas, creo que Bonafoux no hubiese cometido la ligereza de acusar de plagiarlo a “Clarín” por la remota semejanza entre el capítulo en que describe la representación de Don Juan Tenorio y otro de la obra de Flaubert desarro-

---

(1) Maurois, André.—“Cinco aspectos del amor”.—Ediciones Aymat. Barcelona, 1944.

(2) Gaultier, Jules.—“Le Bovaryisme”. París, 1913.

llado en un teatro de Ruan. Estimo también que no hubiese anunciado la Condesa, con apariencias apodícticas, el nacimiento de una Madame Bovary carbayona.

Prescindo deliberadamente de criticar otra infundada acusación de Bonafoux: me refiero al parecido que encontraba entre Aquiles Zurita y Charles Bovary. "Clarín" dio réplica, desmesurada por lo excesiva, habida cuenta de la grotesca argumentación en la que fundamentaba su sospecha.

#### EL BOVARISMO

El lector menos avezado a interpretaciones psicológicas, tiene que reconocer, al llegar a la lectura del desastroso final de Madame Bovary, que la protagonista ha engendrado todas las desventuras que culminan en su suicidio. No existen circunstancias ambientales adversas en los sucesivos períodos de su vida. Hija de un labrador acomodado, se educa en Ruan en un pensionado de religiosas; muere su madre y regresa a Bertaux, lugar de su nacimiento, y allí regenta la casa del padre. Su eterna insatisfacción le hace añorar el convento que, meses antes, pasada la fugaz crisis mística, se le antojaba prisión insostenible. Se casa con Charles Bovary, médico de aldea, hombre vulgar y de nulas ambiciones pero con cualidades afectivas muy estimables para jefe de un hogar. Lentamente, crece la insatisfacción en el espíritu de Emma, sin que existan motivaciones externas que la justifiquen. El infeliz Charles se conduce como un esposo enamorado tan sólo atento a descansar de las rudas tareas de la profesión junto a su mimada esposa. Por razones de vecindad y en gratitud a servicios médicos afortunados, el Marqués de Andervilliers les invita al baile que organizaba en su castillo de Vaubeysard. Tal acontecimiento, importantísimo para el desarrollo de la novela, despertó en Emma Bovary un ansia de lujo, un deseo irrefrenable de grandezas, que avivó la insatisfacción que sentía por su vida cotidiana. Tostes, donde fácilmente desarrollaba su profesión Charles Bovary, le resultaba

insuportable. Traslada, por presión de su esposa, su actividad profesional a Yonville l'Abbaye y pronto el tedio hubiese embargado de nuevo a Emma si no hubiese buscado ávidamente un devaneo con el pasante de notario, Léon, modelo de timidez y cursilería. La aventura no trasciende los límites de un idilio; pero, desadaptada en su situación y soñando siempre con actuaciones que la engrandezcan a su propia mirada, cae en los brazos de un conquistador más ducho, Rodolfo Boulanger, señorito de pueblo adinerado que, muy pronto, adivina en Emma Bovary una presa fácil; un traje de amazona y unos paseos a caballo bastan para hacerla su amante. La actividad imaginativa de Emma Bovary se desborda, su afán de lujo resulta en ella inextinguible; convengamos, como dice a este respecto la Condesa Pardo Bazán, en que su lujo es humilde; cuatro trapos y otros tantos viajes a Ruan; pero no por ello deja de originar resultados catastróficos, ya que superan las posibilidades económicas del matrimonio. Satisfecho su deseo y versátil como un D. Juan, Rodolfo decide romper sus relaciones. Tal proceder, enfrenta a Madame Bovary con una realidad muy distinta a la soñada por su imaginación. Sin embargo, supera la crisis y se dedica nuevamente a su antiguo coqueteo, convirtiéndose en amante de León. La realidad, le dice a todas horas que el pasante de notario es una persona mediocre y vulgar en todos sus aspectos; la imaginación de Emma, le reviste de todas las dotes carentes y crea un hombre a gusto de su fantasía. Llega un día, en que su ilusión se desvanece y, como dice Jules Gaultier, adquiere la convicción de que ni ella misma era, en realidad, la apasionada amante que había imaginado. Ante sus ojos, en ese momento clarividentes, yacen los despojos del monstruo ridículo que su fantasía creó. Impotente para nuevos delirios imaginativos, e incapaz también para enfrentarse con la vida real, expía sus errores envenenándose con arsénico.

La palabra *Bovarysmo* tuvo un gran éxito; como, habitualmente acontece con los vocablos que se utilizan a troche moche,

se aplica a situaciones que rebasan los límites del concepto que atribuyó al término su creador. Es frecuente escuchar su utilización con atributos parecidos a los que corresponden a las palabras "cursilería", "vanidad", "snobismo". Por cierto, la Condesa Pardo Bazán calificaba con esta última palabra la conducta de Madame Bovary.

Lo peculiar de la personalidad bováryca es ajustar su conducta a un ente de ficción que se ha creado imaginativamente y que reemplaza a nuestra realidad psico-somática.

El error en la concepción de nuestra persona trae como corolario la apreciación equivocada del mundo y de las diversas situaciones ambientales que se suceden en el devenir de tales individuos.

Tengamos muy en cuenta que es condición obligada a un empleo justo del término "bovarysmo" que la personalidad que enjuiciamos como tal, actúe con arreglo al ente ficticio que se imagina. Refugiarse en un mundo de fantasía que nos aparte por momentos de la acuciante y opresora realidad, cultivar actividades ajenas a las habituales y aun cometer el error de apreciación de considerarse excepcionalmente dotado para ellas, no es "bovarysmo" si nuestro modo de vivir no se aparta de lo que cabía esperar de nuestra personalidad y del medio que la envuelve.

Madame Bovary, se cree una mujer refinada, compleja, excepcionalmente dotada para el amor. Su estancia en las Ursulinas de Ruan, en contacto con un medio social superior, y el baile del castillo de Vaubeysard, fueron las circunstancias ocasionales que determinaron los brotes de exaltación imaginativa; a favor de ellos, un devaneo vulgar provoca una pseudopasión.

Tengamos en cuenta que Madame Bovary se entrega a sus dos amantes sin que su sexualidad, poco exigente, quedase insatisfecha. Charles Bovary, hombre maduro pero no viejo, robusto, sin vicios y desarrollando su vida en un ambiente saludable, no es individuo que defraude la vida conyugal. Una niña, Berta,

viene al mundo a los pocos meses de casados, y en ningún momento de la novela se nos presenta el infeliz Charles en actitud que signifique desvío hacia su esposa.

Genil-Perrin fué el primer psiquiatra que, aprovechando las ideas contenidas en el ensayo de Gaultier, las estudió desde un punto de vista médico y, en consecuencia, incorporó la personalidad bováryca a la nosología médica. En su obra, "Les Paranoïaques" (1), considera el bovarysimo como el esbozo de una constitución paranoide. Desde el año 1926 en que publicó su libro, la paranoia, las reacciones y desarrollos paranoides, han sido estudiados con una profundidad psicológica muy superior a la lograda por el psiquiatra francés. No es del caso extendernos sobre el particular, pero resulta necesario decir que las cualidades ideo-afectivas consideradas por Genil-Perrin como características, de la constitución paranoide, eran: el orgullo, la desconfianza, la falsedad de juicio y la inestabilidad social.

Siempre me pareció poco afortunada la idea de establecer relaciones de afinidad entre el bovarysimo y la constitución paranoide. Sin adentrarnos en disquisiciones técnicas, impropias del presente trabajo, debo hacer notar el absurdo de admitir que un individuo orgulloso, con un "yo" íntimamente sobrevalorado, se muestre insatisfecho de su personalidad real y elabore una estructura psicológica ficticia a la que acomode su conducta. Es más lógico pensar, que tal artificio psicológico sea un mecanismo compensador a una menguada valoración de su persona; en pocas palabras: una reacción psicógena a un complejo de inferioridad. La persona que utilice en su vida mecanismos bovárycos, necesita, además, disposiciones psíquicas especiales para que pueda realizar la compensación aludida: nos referimos principalmente a las exaltadas cualidades imaginativas y al poder realizador de su fantasía; tales disposiciones se observan de un modo normal en la niñez, período de la vida en el que

---

(1) Genil-Perrin.—"Les Paranoïaques".—Maloine, París, 1926.



existe una auténtica mitomanía. Tenemos, por tanto, la siguiente cadena generativa de mecanismos bovárycos: infravaloración del yo, reacción psicógena compensadora, imaginación de tipo infantil, mecanismos hipobúlicos a su servicio, mitoplastia; cualidades ideoafectivas, todas ellas, que gravitan dentro de la amplia órbita de la constitución y reacciones histéricas.

Si nos hemos detenido más de lo pertinente en la psicopatología del bovarysismo, ha sido por juzgarlo necesario para un justo enjuiciamiento de la personalidad de Ana Ozores de Quintanar, personaje central de "La Regenta", y en consecuencia decidir respecto a la existencia de mecanismos bovárycos en su conducta.

#### HISTORIA PSICO-SOMATICA DE "LA REGENTA"

Ana Ozores queda huérfana de madre siendo muy niña, en más temprana edad que la que tenía Emma Rouault cuando sufrió la misma desgracia. Hijas únicas las dos, los padres que las amparan son muy diferentes. En el puesto del "père Rouault" de la novela francesa nos topamos con don Carlos Ozores, pisto de cualidades antitéticas: noble por su nacimiento, militar de profesión e, ideológicamente, liberal y revolucionario. Por azares de la política, don Carlos tiene que emigrar y queda la niña bajo la custodia y tutela de doña Camila, española con "yerbas" británicas, que aúna en su conducta la pasión meridional y la gazmoñería puritana. Doña Camila tiene un amante, Iriarte, y con mucha frecuencia la ingenua mirada de la pequeña Ozores no valora debidamente los deliquios amorosos de su aya. "Clarín" describe una escena que puede pesar, de por vida, en el psiquismo de Ana: embarcada con un amiguito de su edad, Germán, al reflujo de una ría queda varado el barquichuelo; les llega la noche y allí la pasan contándose historias hasta que se duermen. El hecho, de esplendorosa inocencia, es interpretado maliciosamente por doña Camila y el camastrón de Iriarte; a

todo trance quieren obtener de la niña la confesión de la monstruosidad que se imaginan. Naturalmente fracasan, pero el recuerdo de los interrogatorios, debidamente interpretados al crecer en edad, queda indeleble en el intelecto de Ana e influencia su conducta. Ya mayorcita, pensaba respecto al caso "... se "había equivocado; aquella amistad de Germán había sido un "pecado; ¿quién lo diría? Lo mejor era huir del hombre".

Al regresar su padre del exilio y despedir al aya, convive con él en Madrid. La casa paterna, refugio de librepensadores, ofrece a la niña el espectáculo de los amigos de su padre enfrascados en interminables discusiones político-filosóficas. Las lecturas de Ana, dirigidas tan sólo por el azar de su elección, son dispares: mitología, las Confesiones de San Agustín, "El genio del Cristianismo" (Emma Rouault también leyó la misma obra de Chateaubriand sin que, por fortuna, se enterase Bonafoux).

La economía de don Carlos, quebrantada por el ocio al que se entrega el exmilitar, no permite la vida en Madrid y se trasladan, padre e hija, a Loreto, lugar de la costa cantábrica muy cerca de Vetusta. La pequeña Ana experimenta allí el brote imaginativo de la adolescencia a favor del cual, y aprovechando los materiales que han dejado en su inteligencia las recientes lecturas, tiende a la expresión poética de sus ideales místicos y fluyen, fáciles, algunos versos a la Virgen. Sentada frente al mar, sintiendo en todo su ser el escalofrío de la inspiración, recitando entre lágrimas sus versos, su frágil organismo no puede resistir la emoción que se desborda y sufre un desmayo.

Muy pronto, la romántica doncella iba a sentir los rigores del vivir prosaico. D. Carlos fallece de modo repentino y queda en desamparo de afectos y recursos.

Sus tías, Anunciación y Agueda, la recogen a regañadientes: son dos beatonas sin más religión que la puramente formalística. En el caserón de Vetusta donde habitan, convalece la joven Ana del trauma afectivo que le produjo su completa orfandad. Un día, sentada en la cama, escucha comentarios de sus tías res-

pecto a ella. Todavía conversan, con acritud y maliciosidad, de la inocente aventura de la barca. En otra ocasión, es recriminada ásperamente por encontrar en su mesilla de noche un libro de versos. Las relaciones afectivas no son cordiales: la nutren y engordan con vistas al “mercado”, entendiendo en este caso por tal un casamiento lucido que las redima de la sobrina. La pretensión tiene visos de probabilidad pues la adolescente se trueca, de día en día, en una espléndida mujer. Además, detalle nada insignificante en Vetusta, la nobleza y elevada burguesía han acogido con cordialidad a la huérfana de don Carlos. Las clases selectas actúan como si hubiesen olvidado el casamiento desigual del padre con una modista italiana. Las tías apoyan una candidatura que Ana desecha rotundamente: “... antes el convento, exclama cuando de ello le hablan sus tías”. Se trataba de un indiano con fuerte cargamento de millones y años. Sabe-dora de que Anunciación y Agueda ansían encontrarle acomodo nupcial, y consciente de que no ha de lograr el matrimonio entre la clase social que frecuenta, vivero donde pululan los cazadotes, acepta resignada, pero no complacida, un candidato favorecido por el confesor de la hermosa joven. Se trata del magistrado don Víctor Quintanar, señor de “cuarenta y mucho pico de años”, apasionado por dos grandes aficiones: la caza y el teatro Clásico español. Aceptó, a pesar de que ya en aquel tiempo mostraba predilección por un pollo, Alvaro Mesía. Alvarito era un joven con marcada vocación al galanteo pero poco inclinado a complicaciones sacramentales. Además, en aquella fecha en que la ofensiva matrimonial desencadenada por las tías llegaba a su cumbre, Alvarito marchaba a Madrid a sacudir su provincialismo.

No hubo posibilidad de elección; se hacía necesario ceder y cargó con el machucho magistrado. Pronto pudo convencerse de las escasas posibilidades orgánicas de don Víctor. Por otra parte, la menguada inteligencia del señor Quintanar impedía se salvaran las forzosas discrepancias psíquicas de edades tan dife-

rentes. Dejemos hablar a la entonces llamada "La Regenta": "... y recordaba, entre avergonzada y furiosa, que su luna de miel había sido una excitación inútil, una alarma de los sentidos, un sarcasmo en el fondo; sí, sí, ¿para qué ocultárselo a sí misma, si a veces se lo estaba diciendo el recuerdo?: la primera noche, al despertar en su lecho de esposa, sintió junto a sí la respiración de un magistrado; le pareció un despropósito y una desfachatez que ya que estaba allí dentro el señor Quintanar, no estuviera con su levita larga de tricot y su pantalón negro de castor; recordaba que las delicias materiales, irremediables, la avergonzaban y se reían de ella al mismo tiempo que la aturdían; el gozar sin querer junto a aquel hombre le sonaba como la frase del miércoles de Ceniza: 'quia pulvis es'; eres polvo, eres materia... pero al mismo tiempo se aclaraba el sentido de todo aquello que había leído en sus mitologías, de lo que había oído a criados y pastores murmurar con malicia. ¡Lo que aquello era y lo que podía haber sido...! Y en aquel presidio de castidad no le quedaba ni el consuelo de ser tenida por mártir y heroína. Recordaba también las palabras de envidia, las miradas de curiosidad de doña Agueda (q. e. p. d.) en los primeros días del matrimonio; recordaba que ella, que jamás decía palabras irrespetuosas a sus tías, había tenido que esforzarse para no gritar: ¡idiota!, al ver a su tía mirarla así".

La consecuencia de tal situación no puede extrañar a nadie. Ana Ozores no satisfizo su ansia de ser madre. La Regenta exclama en otro momento de la narración: "... si yo tuviera un hijo... ahora, aquí... besándole, cantándole".

D. Víctor adoptó frente a su mujer una forzosa actitud paternal. Todas las noches, antes de retirarse cada uno a sus habitaciones, la concedía un beso en la frente. También forzosa era la resignación de La Regenta; cuantas veces buscaba la boca de su marido en demanda de un beso de amor jamás conseguía su deseo.

Un amigo de Quintanar, Frígilis, hombre simpático y de

buen sentido, comunicó al magistrado su sospecha de que Ana no era feliz. La advertencia no modificó los hábitos del incipiente viejo; siguió tan aficionado a la caza, tan gustoso de los dramas calderonianos y tan inútil como siempre.

El matrimonio Quintanar exhibe su parodia conyugal por distintas regiones españolas. En Oviedo, es Regente de la Audiencia y allí toma su retiro. Ya, de por vida, Ana Ozores será llamada por todo Vetusta "La Regenta". Al correr del tiempo su belleza se ha incrementado. La salud, por el contrario, es precaria. Temperamentalmente emotiva reacciona a cualquier estímulo con más exageración que nunca. Sufre con frecuencia crisis de angustia que la mantienen temerosa de una muerte súbita. La temperatura se eleva por cualquier impresión. Un ansia indefinida de algo no satisfecho perturba su organismo pero jamás se plantea a sí misma los motivos de tal insatisfacción.

Tal era la situación de La Regenta cuando se acercó de nuevo en Vetusta. Entonces, sufre las influencias de dos personas: una de ellas, el Magistral, atraía su espíritu ávido de absorberse en cauces místico-religiosos; la otra, D. Alvaro Mesía, halagaba sus sentidos ya predispuestos en su favor desde los años de soltera.

El viejo canónigo Ripamilán, sentía la carga de una penitente como Ana Ozores que planteaba problemas superiores a sus fuerzas y años. Encomendó, pues, a su compañero de Cabildo D. Fermín de Pas la guía moral de La Regenta. Desde la primera confesión con su nuevo Director un rayo de luz iluminó su espíritu; admiraba el tacto espiritual del sacerdote, su delicada manera de bucear en las cuestiones espinosas, la sostenida atención desplegada al escuchar el fruto de su minucioso examen de conciencia. Hubo que prolongar las confesiones cada vez más; no eran ya el simple relato de sus culpas sino que constituían un coloquio espiritual entre confesor y penitente. La Regenta cree haber encontrado el "hermano del alma" al cual es necesario acudir en los momentos, demasiado frecuentes para su

desgracia, de abatimiento y flojedad. El confesonario no basta para ejercitar plenamente una dirección espiritual tan completa y, en efecto, D. Fermín, comulgando en esta anímica hermandad, busca ocasiones donde verla y hablarla. La casa de doña Petronila, fervorosa partidaria del Magistral, ofrece un refugio discreto y allí, al abrigo de impertinentes miradas y venenosas sospechas, prosiguen sus pláticas.

De día en día era más necesario a la Regenta un robusto báculo moral, puesto que, también de día en día, peligraba más el sosiego de su conciencia ya que sus insatisfechos sentidos acusaban la acción excitadora que hábilmente despertaba en ella Mesía. Una guerra civil se enciende en su espíritu; las tendencias que surgen del núcleo instintivo pugnan con las inhibiciones que dimanán de su personalidad moral. Cuando más la acucia el deseo, tanto mayores son los frenos que interponen su religiosidad y ética. El drama psíquico de Ana Ozores culmina al adquirir la certidumbre de que su "hermano del alma" la contempla con apetito carnal; entonces, ve con claridad su equívoca situación, y al sorprenderla el Magistral con una escena de violencia y celos exclama: "... sí, enamorado como un hombre, "y no con el amor místico, ideal, seráfico que ella se había figurado. Tenía celos, moría de celos. El Magistral no era el hermano mayor del alma, era un hombre que debajo de la sotana ocultaba pasiones, amor, celos... La amaba un canónigo; Ana "se estremeció como al contacto de un cuerpo viscoso y frío. "Aquel sarcasmo de amor la hizo sonreír a ella misma con amargura que llegó hasta la boca de sus entrañas".

Tal desilusión suspendió la acción inhibitoria ejercida por los estratos psíquicos superiores. Su personalidad moral, al hendirse, dejaba un resquicio a la expansión de sus sofocados instintos y don Alvaro recogió con facilidad el fruto que, sin esta falla espiritual, jamás hubiese alcanzado.

MADAME BOVARY Y LA REGENTA

Cualquier lector atento advierte con facilidad las profundas discrepancias psicológicas existentes entre Madame Bovary y la Regenta.

La protagonista de la novela francesa goza desde su niñez de un ambiente favorable al desarrollo normal de su personalidad y, sin embargo, su extraviado espíritu labra su propio infortunio.

Discurre la infancia de Ana Ozores enfrentándose con medios hostiles. Su mente equilibrada consigue hacer soportable la espinosa tutela de doña Camila, la protección agria de sus parientes y la debilidad orgánica y psíquica de D. Víctor.

Emma Bovary busca sus amantes; no es acuciada para ello por insatisfacción sexual ni tampoco la incita un erotismo morboso. León y Rodolfo, entrambos pletóricos de vulgaridad, no tienen, en este aspecto, más trabajo que dejarse querer.

Ana Ozores acarrea con resignación las consecuencias de un matrimonio fracasado en sus fines esenciales. Es de tal robustez moral su personalidad que elude inquirir, en el plano de la conciencia, los motivos de su insatisfacción. Lucha denodadamente contra su instinto y busca, como aconsejada por un psicoanalista, la manera de sublimarlo, el modo de agotar su energía libidinosa en cauces asexuados. Fracasa en el intento, por motivos extraños a su personalidad y experimenta, por último, la seducción de un "conquistador profesional" que explota hábilmente su inestabilidad biológica.

LOS MARIDOS

Análoga semejanza existe entre los personajes secundarios de una y otra obra. Fácilmente se capta la ausencia de afinidad entre los maridos burlados. Ambos son vulgares, carentes de personalidad, pero el "buen sentido" de Charles Bovary contrasta con la debilidad mental del Magistrado. El médico francés, al

desarrollar su vida, resulta socialmente útil, mientras que nos imaginamos el estéril vivir de D. Víctor como un amodorrado vegetar a través sobre estrados de las salas de audiencia. Bovary, a pesar de todos sus esfuerzos por lograrlo, no consigue la felicidad conyugal a causa de las extravagancias temperamentales de su esposa. Quintanar es absolutamente inepto para la creación de un hogar feliz. La desgracia de Charles produce pena; la misma desventura del Magistrado causa tan sólo la extrañeza de lo que tardó en producirse: "Clarín" lo engendró con una vocación irresistible de marido burlado. A no mediar su trágico fin provocaría hilaridad durante toda la obra.

#### LOS AMANTES

Ya hemos indicado que tanto León como Rodolfo son figuras anodinas creadas por Flaubert sin más preocupación que la de dotarlas abundantemente de los atributos genéricos a unos galanes de aldea. No así "Clarín" al crear los personajes que aspiran a la posesión de la Regenta.

La figura del Magistral es de gran interés psicológico. Durante gran parte de la obra D. Fermín de Pas es víctima de su propio engaño. Racionaliza sus impulsos y al pensar en la motivación de sus actos sitúa en primer plano los móviles que no desprecien, a su íntima mirada, la idea que tiene de su personalidad moral.

Cuando toma a su cargo la dirección moral de la Regenta siente contento porque la adquisición de tal penitente refuerza su prestigio ante la Ciudad y el Cabildo; además, sigue diciéndose a sí mismo, es un descanso en la monótona tarea del confesorio ejercida las más de las veces frente a penitentes vulgares en sus vidas y pecados; confesar a la Regenta lo considera un regalo espiritual. De día en día se incrementa su afición por aquellas interminables pláticas y la amistad con Ana Ozores llega a ser la única justificación de su vida. Al sentir que semejante hermandad se desvanece, pues la Regenta acusa los



efectos del sitio a que la tiene sometida D. Alvaro, fracasan los mecanismos que protegían su autoestimación ética y llega al umbral de su conciencia el fondo instintivo latente en aquella su pretendida amistad espiritual. Entonces, surge la escena de celos que pone en guardia a la Regenta frente a su confesor. Una vez que el Magistral ha aceptado e incorporado a su yo los motivos inconfesables que le impulsaban, su conducta se encamina al aniquilamiento del rival y produce la trama que pone fin a la obra.

El otro galán, Alvaro Mesía, también está maravillosamente concebido. Mucho antes que se perfilasen las características del don Juan, "Clarín" las había puesto de relieve en su personaje de "La Regenta". Desde joven apetece la conquista amorosa por satisfacción de su vanidad sin que jamás pusiese su vida al servicio de una auténtica pasión; en sus relaciones con el otro sexo aspira a ser admirado, protegido, pero nunca se entrega en cuerpo y alma. Por el logro de la mujer que desea abdica toda clase de prejuicios; se nos muestra embustero, histrión y habilidoso en buscarse tercerías; a la postre resulta de escasa brillantez sexual. Las líneas de "Clarín" lo retratan en este aspecto: "...aquel fingir juventud, virilidad, constancia en el amor corporal, parecía a don Alvaro semejante a los recursos de la pobreza ostentosa que descubre Quevedo en 'El gran tacaño'. El también había sido más de una vez, después de pródigo, el gran tacaño del amor".

\* \* \*

Releyendo con atención ambas novelas podemos calificar justamente a los que acusaron a "Clarín" de plagario o, al menos, carente de originalidad. El folleto de Bonafoux, trascendiendo a rencillas personales, se perdona más fácilmente que la ligera apreciación de la Pardo Bazán pretendiendo identificar la "existencialista" Emma Bovary con Ana Ozores, de agónico vivir por la salvaguarda de las esencias humanas.

\* \* \*

Hay más que decir respecto al caso; ya indicamos cómo Flaubert, para evitar las expansiones líricas de su temperamento, buscó una trama argumental basada en hechos reales. Hasta cierto punto podemos decir que Madame Bovary ha existido.

Ana Ozores y los demás personajes de "La Regenta" son fruto de la maravillosa intuición psicológica de "Clarín". El drama espiritual de la protagonista lo desarrolla con tal precisión que los vaivenes de su conducta no producen al lector sentimiento de sorpresa; pudiéramos decir que están "psicológicamente determinados". "Clarín", como otros grandes novelistas, se anticipó al pensamiento psicológico científico y manejó a sus personajes pulsando certeramente los complejos resortes de nuestra psiquis, cuya actuación ha comenzado a vislumbrarse en fecha reciente mediante las técnicas de la psicología profunda.

Tal anticipación solo es comprensible a favor de un cerebro de arquitectura privilegiada y de un hábito introspectivo mantenido con tenacidad. "Clarín" se conocía totalmente y aplicaba sus conocimientos a las creaciones de su fantasía.

De este modo surgieron, circunscribiéndonos a "La Regenta", las figuras de Ana Ozores, el Magistral y Alvaro Mesía, cuyos estilos de vida están rigurosamente determinados por el juego de afectos y tendencias con que les dota la intuición de D. Leopoldo.

Igualmente pudiéramos decir de personajes de menor rango, todos ellos trazados de mano maestra: el simplón de Quintanar, el bondadoso Frigilis, los botarates jovenzuelos Vegallana y Orgaz, las eróticas Obdulia y Visita, el ateo pseudofilósofo Guimarán, y Barinaga, descreído por rencor.

Sin embargo, las excelencias de la novela no se agotan con semejante derroche de finísima urdidumbre psicológica. La trama argumental, a nuestro juicio ingente, la desarrolla "Clarín" como juego de niños. El lector, fácilmente adivina la delección amorosa con la que cuidó "Clarín" algunos capítulos referentes a la ambientación de su novela: la Catedral con su Ca-

bildo, el Casino, mentidero de la chismografía local, las cachupinadas familiares, refugio contra el invencible tedio de una pequeña capital de provincia.

Todo ello hace que la pretendida Madame Bovary carbayona deba ser considerada como una de las mejores novelas del siglo XIX.

Oviedo, 23 jul. 52.

SANTIAGO MELON RUIZ DE GORDEJUELA